

la vanidad : pero él se decia á sí mismo como san Pablo : ¿ qué tengo yo que no lo haya recibido de Dios? Y si es suyo, ¿ por qué puedo gloriarme como si fuese mio? Otras afligia su espíritu con una tristeza mortal, pareciéndole que con aquella vida se hacia homicida de sí mismo, y que por eso el cielo se habia hecho como de bronce á sus suspiros. Otras en fin le abofeteaba con la misma tentacion, con que abofeteó al Apóstol, para que no le ensoberbeciese la grandeza de las revelaciones, hasta que el Señor compadecido de su angustia le decia como á él : Antonio, bástate mi gracia. ¡Qué vida tan atribulada! Veinte años pasó aquí de combates; pero veinte años de triunfos: veinte años de tentaciones; pero veinte años de virtudes.

No creáis, señores, que estas son puras imaginaciones : son hechos recogidos por un Atanasio de la boca misma de Antonio : son relaciones recibidas por un Gerónimo de la mano misma de Atanasio. Si vosotros no padecéis este género de combates, es porque el demonio no los emplea con los que cree suyos. ¿ El enemigo acaso hiere á los soldados ya rendidos? No, él emplea toda su furia contra aquellos valerosos atletas, de quienes teme la ruina de su imperio : pero á los demas solo tienta débilmente, cuanto logre conservarlos bajo sus viciosas banderas. Ah! si os pusiérais en su contra tan de veras como Antonio, tambien experimentariais toda su astucia. Por eso dice el Sabio : si te resolvieres á entrar en el servicio de Dios, prepara tu alma para la tentacion; y san Pablo : todo el que quisiere vivir piadosamente en nuestro Señor Jesucristo, padecerá persecucion.

Volvamos á este grande solitario, que se ve precisado en fin á dejar su castillo, porque bien á pesar suyo ha volado por todos aquellos desiertos la fama de su santidad. Ved aquí la piedra de toque, con que se examinan los quilates de la virtud del justo, los grados de fervor con que él huye la estimacion mundana : porque si él la busca con ansia, ó aún si él la recibe con complacencia, su virtud es todavía muy defectuosa; pues parece que mas ha aprovechado en el amor, que en el desprecio de sí mismo. Es muy semejante á la de los fariseos, que hacian sus oraciones y sus limosnas en los lugares mas públicos, y extenuaban de intento sus rostros para que se conociesen sus ayunos. Pero el Señor ordena con este motivo á sus discípulos, que huyan de toda publicidad : que el dia en que ayunen lo disi-

mulen mas en su semblante : que aún su mano siniestra ignore lo que da su derecha; y que oren con las puertas cerradas en un lugar tan oculto, que solo el Padre celestial, que ve en lo oculto, pueda darles su recompensa.

Siguiendo estos principios no podia sufrir nuestro santo la gran veneracion, que le testificaban todos los que venian á pedirle consejo, porque estos la comunicaban á otros, refiriendo cada uno la sentencia que habia logrado oír de su boca; de suerte que era ya inmensa la multitud de los que ocurrían cada dia hasta de las regiones mas remotas. Así el que no habia cedido su castillo á todo el infierno conjurado para arrojarle de él, lo cedió al temor de la pública estimacion; y sin dar cuenta ni aún á un antiguo bienhechor, que de seis en seis meses le llevaba unos mendrugos de pan para sustentarse, se retiró cincuenta millas mas á una selva ó monte llamado Arsinoe. Aquí es donde Dios le esperaba, no para verle todo entregado á la vida contemplativa, como Antonio habia resuelto, sino para ejercitarle mas en la vida activa; porque bien seguro el Señor de lo que su siervo habia aprovechado en la oracion, en la pobreza, en humildad, en la paciencia y en la penitencia, le preparaba ocasiones de adelantarse tambien en la caridad, en la dulzura, en la prudencia, y en otras virtudes sociales. Con efecto, apenas llegó á aquella morada le cercaron innumerables solitarios, pidiéndole con lágrimas fuese su padre, su luz, y su consuelo en medio de aquellas asperezas, donde no habian encontrado quien les guiase. Él mismo conoció, que el cielo era el que le llamaba á aquel santo destino, y que no debia resistir; pero las cualidades, que eran necesarias para eso, le acobardaban. ¡Qué sabiduría no era preciso tener para dirigirlos! ¡qué dulzura para atraerlos! ¡qué celo para animarlos! ¡cuánta compasion con los enfermos! ¡cuánta vigilancia con los sanos! ¡cuánto sufrimiento con los discolos! Todo lo desempeñó de un modo asombroso. Aún á los que arrojaban de otros desiertos por incorregibles, Antonio los recibia con los brazos abiertos, teniendo por máxima, que los hombres siempre deben sernos muy apreciables, porque los malos pueden llegar á ser buenos, y los buenos pueden hacerse grandes santos. ¡Qué de preceptos celestiales les daba sobre la pobreza del espíritu, sobre la pureza del corazon, sobre la modestia del cuerpo! De este modo formó de sus discípulos los santos mas ilustres, los Atana-

sios, los Macarios tanto Egipcios como Alejandrinos, los Hilarios, los Panuncios, los Pafuncios, los Serapiones, y otros muchos, que fundando despues monasterios en todas partes con la misma doctrina, poblaron el universo de Antonios.

Dichoso, hermanos míos, el que se reproduce ó multiplica de esta suerte, porque sus buenas obras hacen que los que les ven glorifiquen al Padre celestial. Pero desdichado el que en vez de edificar escandaliza. ¡Ay de aquel hombre, dice el Señor, por quien vienen al mundo los escándalos! Mejor le fuera ser arrojado en el fondo del mar con una piedra de molino al cuello, porque así pereceria solo su cuerpo: pero por el escándalo pierde su alma y la de los otros. Los discípulos de Cristo, léjos de corromper, deben ser sal de la tierra que preserva de la corrupcion; ciudades puestas sobre un monte, que sirvan de modelo á los demas; luz del mundo, que ilustre á todos con su buen ejemplo. Esto es lo que da á entender el sagrado Evangelio, cuando nos manda tomar antorchas en las manos para iluminar á todos con su esplendor. El que las tomare, sea que reciba instrucciones, sea que las practique, sea que las dé á sus hermanos, siempre hará como Antonio asombrosos progresos en la virtud.

TERCERA PARTE.

Despues de esto, ¿quién diria que él no estaba aún tan perfectamente dispuesto á recibir al Señor, como los siervos que le esperan á la vuelta de sus bodas? Segun Dios mismo le descubrió un dia en medio de su oracion, todavía no igualaba la perfeccion de un curtidor de Alejandría. Con esta revelacion no deliberó mas: él sa'e al instante de su monasterio, se dirige á aquella ciudad, y sabe de la boca misma de aquel hombre justo, que los medios con que se habia perfeccionado, son la humildad y la fidelidad en cumplir las obligaciones de su estado: desde entónces escogió estos medios para entregarse todo á la perfeccion. Esta perfeccion, hermanos míos, no consiste, como se cree vulgarmente, en milagros, en profecías, en visiones, en éxtasis, en arrobamientos: estos á la verdad son dones, que Dios suele conceder á los perfectos: ¡pero cuántos sin ellos, como el curtidor, cumplen aquel precepto del Señor: sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos! Lo

que se nos pide para esto es un amor de Dios tan ardiente, que ni la hambre, ni la tribulacion, ni la espada, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni el cielo, ni el infierno, ni criatura alguna pueda separarnos de la caridad de Dios. Tambien se debe tener á los hombres un amor tan fervoroso, que obligue como á san Pablo á hacerse anatema por sus hermanos; porque segun nos enseña el divino Salvador, ninguno puede tener mayor caridad que la que le hace dar la vida por los que ama. Por eso ya veremos á Antonio cumpliendo heróicamente estos máximos preceptos, que contienen toda la ley, en las dos persecuciones que se suscitaron en su tiempo, la una por el gentilismo, y la otra por el arrianismo.

El gentilismo bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano suscitó contra el cristianismo la décima, y la mas sangrienta de las persecuciones. ¡Qué edicto tan cruel publicaron uno en Oriente, y otro en Occidente! Que todas las iglesias que se encontrasen, se demoliesen hasta sus cimientos: que se quemasen todos los ejemplares de las Escrituras sagradas: que se buscasen todos los obispos, y se llevasen presos á la capital para ser juzgados: que todos los cristianos fuesen inmediatamente privados de sus bienes, empleos ó dignidades: que miéntras no abjurasen su profesion fuesen esclavos; y que todo el que no adorase los dioses de la gentilidad fuese atormentado y condenado á muerte. Tan cruel era la ley, pero mucho mas cruel fué su ejecucion: porque en solos los primeros cuarenta dias no pueden reducirse á número todos los que murieron despeñados, quemados, desollados, descuartizados, fritos, ahogados, apedreados, aserrados, crucificados, devorados; sin contar los infinitos que huyeron á los montes, y quisieron mejor perecer entregados al hambre ó á las fieras, que á los tiranos. No habia edad, sexo, ó estado privilegiados, ni retiro, caverna ó desierto en que no fuesen perseguidos.

¡Qué noticias estas para un Antonio, que negado á sí mismo, solo deseaba ya la cruz, que fuese mas propia para seguir á Jesucristo! ¡qué santa envidia tenia desde su soledad á aquellos esclarecidos mártires! ¡qué dichosa impaciencia de sufrir el martirio! Él vuela con sus monjes á Alejandría, á donde llegaban los santos de todo el Oriente para ser entregados al suplicio. De dia no moraba sino en las cárceles ó en los cadalsos, consolando á unos y sosteniendo á otros, hasta dejarles asegu-

rada la victoria; y de noche en los cementerios, dando sepultura á sus sagrados cuerpos. Entre los que le merecieron mayor celo fué una hermosísima y nobilísima doncella en la flor de su edad, que por cristiana habia sido hecha esclava de un hombre, ó mas bien diré de una bestia; el cual no pudiendo reducirla á condescender con sus brutales apetitos, la delató de pertinacia, y fué condenada á morir en una olla de pez hirviendo. Así se ejecutó; pero por tres horas enteras que duró el tormento de aquella santa, Antonio no se apartó de su lado hasta que vió subir al cielo su alma en forma de paloma, llevando las dos palmas de mártir y de vírgen. Lo mismo ejecutó con sus discípulos san Pafuncio y san Panuncio, á quienes poco ántes de que espirasen abrazó de gozo, envidiándoles su suerte. No le quedó diligencia que hacer, para que le prendiesen: habló muchas veces con el mismo gobernador: lavó su hábito para ser mas conocido por el color blanco, de que solo usaban los monjes, y se presentó con él en medio de los verdugos; pero jamas consiguió que le diesen ni un solo baldon.

La persecucion acabó, mis hermanos, con la muerte de los emperadores, y Antonio no logró satisfacer el menor de sus deseos: ántes al contrario el gran Constantino recién convertido á la fe, y su madre santa Elena le amaron como á un padre, le consultaron como á un profeta, y le veneraron como á un apóstol. ¿Qué confusion para él volverse á su retiro lamentándose de no haber adelantado, como él decia, ni un solo paso en el servicio del Señor! Pero qué servicio para el Señor haber igualado al mérito de los mártires sin la ejecucion del martirio! Sus virtudes recibieron entónces todo aquel realce, de que son capaces sobre la tierra: porque su humildad excedió con mucho la del curtidor, creyéndose el hombre mas malo del mundo, pues que Dios no habia querido aceptar su sacrificio. Por eso redobló sus austeridades, para suplir en su cuerpo lo que habia faltado al rigor de los tiranos: su oracion se hizo tan continua, que mas bien parecia un ángel que un hombre, llegando á estar tres dias enteros sin interrumpirla: su caridad tan ardiente, que le devoraba, como á Elías, el celo por la salud de las almas. Los demonios mismos huían tanto de su presencia, que para arrojarlos bastaba el nombre solo de Antonio; y los prodigios se le hicieron tan familiares, que se vió precisado á señalar las horas en que cada dia debían traer los en-

fermos para sanarlos: y cuando aún así le faltaba el tiempo, ordenaba á sus monjes que los sanasen. Entónces supo por inspiracion divina, que en el mismo desierto moraba un amigo de Dios, á quien debia visitar. ¡Con qué ansia lo busca, y con qué regocijo lo halla! Pablo, exclamó Antonio: Antonio, exclamó Pablo, sin que jamas se hubiesen conocido ni saludado. ¡Ah, Pablo y Antonio, qué hombres! ¡qué virtudes! Ellos se comunican mutuamente su espíritu, y se separan luego, uno para recibir su eterna recompensa, y otro para sufrir nuevos combates.

Detengámonos ahora un momento para comparar aquella visita con nuestras visitas, y aquella conversacion con nuestras conversaciones. Muchas veces nos vemos precisados á visitar ya por obligacion, ya por política, ya por religion. Pero el mal está en que á estas visitas necesarias añadimos tantas visitas inútiles, con que malgastamos el tiempo, y lo hacemos malgastar; y quizá tambien tantas visitas escandalosas, en que ponemos un tropiezo á la salvacion de nuestros prójimos, ó lo recibimos. ¿Y sobre qué materias rueda comunmente nuestra conversacion? No es lo peor cuando rueda sobre materias frívolas, como el rigor de las estaciones, y las novedades que ocurren: lo mas lastimoso es que raras veces deja de caerse sobre materias muy perjudiciales, los defectos del juez, del sacerdote, del ciudadano, de la casada, de la viuda, y de la doncella. ¿Es este el fin, que la sociedad se propone en las visitas? ¿Fué así la conversacion de aquellos ilustres santos? No por cierto: la locura de los mortales en fabricar palacios para una vida de tan corta duracion, los medios admirables con que nos sustenta la divina Providencia sin merecerlo, y las maravillas del reino de Dios, ved aquí cual fué el asunto de sus entretenimientos. Así no nos admiremos si Dios mismo los autorizó con aquel pan milagroso traído por un cuervo para los dos, en vez del medio que habia traído para uno solo por espacio de sesenta años.

Yo tengo, señores, que olvidar á Antonio yendo á su retiro, y volviendo á llorar y sepultar el cadáver de Pablo, porque ya es preciso hablar del último y el mas glorioso de sus triunfos, que fué contra el arrianismo. Muerto el gran Constantino y sus hijos Constantino y Constante, recayó todo el imperio en otro hijo llamado Constancio, que aunque católico, favoreció con todas sus fuerzas á Arrio, sacerdote de Alejandría, en la pro-

pagacion de mil errores deducidos de este falso principio : que el Verbo divino no es coeterno, consubstancial, ni Dios por naturaleza como su Padre, sino solo por participacion. A esto añadía otra espantosa falsedad, asegurando que todos sus pensamientos eran aprobados y sostenidos por el abad Antonio.

¡Qué dolor para este varon santísimo ver autorizadas con su nombre tan horribles blasfemias! Él no se detiene ni un momento : apoya sobre un pequeño cayado su cuerpo encorvado ya con el peso enorme de mas de un siglo, y lo endereza para aquella populosa ciudad, en donde entra á la mitad del dia. La fama de su extraordinaria santidad le habia prevenido, y su figura venerable con tantos años y tanta penitencia hizo que le siguiese luego una infinita multitud. ¡Con qué entereza se dirige á la plaza mayor, se hace levantar un poco sobre el pueblo, y empieza á dar razon de su fe! ¡Con qué ternura invoca el inefable misterio de la augustísima Trinidad con aquella igualdad de personas y unidad de naturaleza, con que lo invocó despues su discípulo san Atanasio, segun las instrucciones que habia recibido de su santo Maestro! ¡Con qué claridad expone la encarnacion del Verbo divino, su vida, su muerte, su resurreccion, la redencion del mundo, la segunda venida del Salvador á juzgar los vivos y los muertos, y el premio ó castigo de la vida eterna! Él repite continuamente sus sermones, y disputa con los príncipes de la heregía, que vinieron muchas veces á confundirlo y salieron confundidos. Si esa doctrina que vosotros enseñáis es la verdadera, les decia, dad la vista á aquel ciego, el habla á aquel mudo, la sanidad á aquel leproso, la vida á aquel muerto, como yo lo hago con estos en el nombre de Jesucristo; y el pueblo que estaba mirando estos prodigios, clamaba al instante, que la fe de Antonio era la verdadera. Por eso se cuenta que en poco mas de un año convirtió á la fe mas de setenta mil personas.

De aquí escribió á sus monjes aquellas célebres cartas sobre la vocacion divina, sobre la vigilancia cristiana, sobre los beneficios de Dios, sobre la dignidad del santo Precursor, sobre las excelencias de los ángeles, sobre el juicio final, y sobre la grandeza del Señor, las cuales segun refiere el Padre san Gerónimo, se leían en muchas iglesias al tiempo de la misa, como las Epístolas de san Pablo. Y de aquí se volvió otra vez á su desierto para acabar de disponerse á morir. Desde el mismo

camino conoció que se acercaba ya su tránsito; porque elevado en espíritu vió anticipadamente que su alma salia de su cuerpo, que los ángeles la conducian al paraíso, como á la del pobre Lázaro : pero que los demonios querian precipitarla en el infierno, como la del rico avariento. No debe ir al cielo, porque ha cometido muchos defectos, clamaban los demonios : ya los ha reparado ventajosamente con sus buenas obras, respondian los ángeles : en esto comprendió tambien el grado eminente de su perfeccion. Así cuando llegó al monasterio juntó como Jacob á todos sus hijos para bendecirles, y aconsejarles por la última vez, segun preveía las necesidades en que se habian de ver : á uno encargaba la castidad, á otro la obediencia, á otro la disciplina regular, á otro la paz con sus hermanos, á otro el buen ejemplo, y á todos un gran valor en la nueva persecucion que habia de sobrevenir mas terrible aún que la precedente. Tambien hizo legado de todos sus bienes, reducidos á una capa vieja, que mandó devolver á san Atanasio, de quien la habia recibido nueva, y una túnica, que ordenó dar á su discípulo san Serapion en reconocimiento de lo mucho que habia sufrido de los arrianos. Despues encargó á dos de sus monjes cuidasen de sepultar su cuerpo en un lugar tan oculto, que nadie supiese de él; y en efecto no se ha sabido mas hasta el dia presente, como sucedió con el de Moises. En fin, fortalecido con los santos sacramentos, que recibió de mano de san Macario, arrebatado en un famoso éxtasis, que dejó su cuerpo tan brillante como un globo de luz, y elevado en el aire salió del mundo, donde habia habitado por espacio de ciento y cinco años, y voló á la celestial Jerusalem.

¡Qué muerte, señores! tan preciosa á la verdad como habia sido su vida. Segun ella nosotros llevamos muy errado el camino del cielo; porque viviendo como vivimos, nos atrevemos á decir con un profeta, que vivia como nosotros : que yo muera, Señor, con la muerte de los justos : *moriatur anima mea morte justorum*. Quiere decir, que apetece la corona huyendo de la lucha, y la gloria de los santos sin sus virtudes. Pero no será coronado, dice el Apóstol, sino el que pelear legítimamente. ¡Si quisiera Dios que la vida de Antonio nos hiciera hoy la misma impresion que ha hecho en todos tiempos! la que hizo á santa Marcela, que segun refiere el padre san Gerónimo, se propuso ejecutar en Roma lo mismo que aquel en Egipto : la

que hizo al P. san Agustín, que al oírla, resolviendo dejar ya todas sus abominaciones, exclamó: ¿unas gentes sin instrucción se arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con toda nuestra sabiduría nos revolcaremos siempre en los vicios? El mismo Padre cuenta de dos amigos suyos, que habiendo visto casualmente escrita esta vida en una casilla de campo, desde allí mismo dejaron el palacio del emperador á quien servían, y se retiraron al desierto. También santa Teresa de Jesús hace mención de algunas almas de su tiempo, que imitaron en España los mismos rigores de nuestro santo en la Tebaida.

¡Quién pudiera conducirnos ahora á aquel mismo desierto, en que este gran siervo de Dios vivió y murió; y que sus monjes os manifestasen todos los lugares que él santificó con sus heroicas acciones, como lo ejecutaron con la inmensa multitud que ocurrió de todo el mundo, cuando se divulgó su fallecimiento! Aquí oraba, decían, y llegó á estar tres días enteros de rodillas, sin interrumpir su oración: allí tomaba el corto alimento, que no podía negarse sin pecado; pero nunca lo tomó mas frecuentemente que cada tercero día, y solía pasar hasta ocho y quince sin gustarlo: mas allá se disciplinaba hasta dejar el suelo empapado en su sangre: este es el lugar donde sanaba los enfermos, sin que ni uno solo volviese á salir con su enfermedad: aquel, donde nos hablaba á todos palabras de vida eterna: esotro es donde terminó sus admirables días. Ocurrid allí á lo ménos espiritualmente, para que se transforme en Antonio vuestro corazón, como sucedió al grande héroe de Padua, que resolvió adoptar, no solo las virtudes, sino hasta el nombre mismo de Antonio.

No hay otro modelo mas propio para enseñar á los principiantes á dejar los vicios, á los aprovechados á practicar las virtudes, y á los perfectos á aumentar la perfección. Pero, hermanos míos, si no dejáis enteramente al mundo como él, dejad á lo ménos vuestras pasiones: *sint lumbi vestri præcincti*. Si no os vais al yermo á tener una vida eremítica, no dejéis de las manos el retiro y la oración: *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. Finalmente, si no esperáis al Señor, combatiendo contra los enemigos de vuestra fe, combatid siempre contra los enemigos de vuestra alma. Este es el modo de participar de la santidad de Antonio sobre la tierra, y de su eterno galardón en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL TEMOR DE DIOS HIZO FUERTE Á SAN ANTONIO ABAD
CONTRA TODAS LAS TENTACIONES.

*Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione
Deus illum conservabit et liberabit à malis.*

Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno; el Señor le
librará de todos y le conservará firme en la tentación.

Ecclesiastic. c. 33. v. 1.

No necesitaba de nosotros, y el Señor con la fuerza omnipotente de su brazo nos sacó de la nada, nos crió á su imagen y semejanza y sujetó á nuestro dominio á los peces del mar, á los volátiles del aire y á todos los animales de la tierra. Su providencia vela incesantemente sobre nosotros, nos cuida y conserva con el amor de un padre, nos defiende de los peligros, nos regala y llena de beneficios, y si rebeldes y olvidados de su bondad correspondemos con ingratitudes, su infinita misericordia nos perdona, nos compadece y nos admite de nuevo á su reconciliación. Después que un Dios por esencia, después que un Dios infinitamente poderoso, después que un Dios sabio, justo, independiente, eterno, tomó carne en el seno de una virgen, se hizo hombre y habitó entre nosotros, precisamente para nuestro bien y para nuestra salud: después que este mismo Dios se ofreció á sí mismo víctima de propiciación, y derramó su sangre en una cruz para lavar con ella los pecados de los hombres, ¿quién podrá dudar que nos ama y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?